EL MONITOR DE LA CAMPAÑA.

APARECE
TODOS LOS
DOMINGOS.
—
SUSCRICION:
10 pesos
por mes
anticipados.

OFICINA DE LA
REDACCION:
PLAZA
DE LA
"CONCORDIA."

Editor:
SALVADOR CRUZ.

PUBLICA GRATUITAMENTE TODO
ASUNTO DE INTERES GENERAL
Y NO ADMITE PERSONALIDADES.

ORGANO DE LOS INTERESES RURALES.

SE RECIBEN LAS CORRESPONDENCIAS
HASTA EL MIÉRCOLES Y LOS AVISOS
HASTA EL VIERNES A LA TARDE.

PUNTOS DE SUSCRICION EN BUENOS AIRES: AGENCIA DE DILIGENCIAS DE LOS SRES. M. CABRERA ROS. PIEDAD 254—LIBRERIA DEL SR. GALLIARDI, FLORIDA 46.

A nuestros agentes.

Les pedimos que cobren el primer trimestre y remitan el importe de la suscripción a los Sres. Cabrera Ros. Piedad 254—Buenos Aires.

Les rogamos de Menar con exactitud esa disposición que tiende a hacer mas liviana su tarea y la nuestra.

LA ADMINISTRACION.

EL MONITOR DE LA CAMPAÑA

E. DE LA CRUZ, ABRIL 6 DE 1873.

La enferma y sus doctores.

El estado de la campaña es tan anormal, sus consecuencias tan funestas, que de cuando en cuando algún médico político, conmovido de sus padecimientos, se acerca a la enferma y le redacta una receta.

Hace como un mes, un importante diario de Buenos Aires, ocupándose de la campaña, prescribía un nuevo tratamiento, cuyo primer remedio era el siguiente:

«Empezemos por hacer de los Jueces de Paz emanaciones legítimas del pueblo que ha de ejercer su derecho de elección en tales casos con tanta conciencia como la inspiran los intereses que van a ser favorecidos o lastimados

«por esas autoridades.»

Examinemos como suceden prácticamente las cosas y despues nos será fácil deducir como sucederán con el sistema propuesto.

En cada partido puede calcularse que hay una media docena de individuos que pueden desempeñar el cargo de Juez de Paz. En los grandes centros como San Nicolas, Mercedes, Chivilcoy etc. ese número es mucho mayor, sin duda, pero esos grandes centros son la excepción de los 70 partidos de nuestra campaña; por lo tanto, puede decirse de un modo general que en cada partido hay próximamente unos seis ciudadanos que por su educación, mas ó menos completa, su posición de fortuna, mas ó menos independiente, aunque casi siempre modesta—pueden desempeñar las funciones gratuitas de Juez de Paz.

Estos hombres son generalmente unidos, se aprecian, se ayudan y se exhortan mutuamente a cargar con la cruz del juzgado. No aceptan a la primera invitación, el Gobierno tiene a menudo que insistir, sus amigos tienen que animarlos, y es entre ese grupo que los gobiernos que se han sucedido han nombrado los buenos jueces de paz que hemos tuído de 15 años a esta parte.

Con esta expresion de buenos jueces de paz designamos los hombres honrados y bien intencionados, porque en cuanto a desempeñar con acierto y simultáneamente el juzgado de paz, las funciones políticas, la Presidencia de la municipalidad, la gefatura de policia y

las funciones judiciales en lo criminal, lo comercial y lo civil, pedirlo es desconocer la naturaleza humana y pedir una absurdidad.

Frente a este grupo existe generalmente otro grupo que llamaremos de oposicion, compuesto de algunos funcionarios ó partidarios de la dictadura de Rosas y de intrigantes ambiciosos, Gerónimos Patrot en busca de una posición social. Una antipatia profunda, aunque latente, divide esos dos grupos tan diferentes por sus tendencias.

Una práctica de quince años ha consagrado el estado de cosas existentes: el primer grupo sabe que contra su gusto tiene que dar anualmente una víctima, el segundo que, no obstante sus deseos, no tiene nada que esperar; los gobernadores se renovan todos los tres años, cada año nombran los jueces de paz y nunca piden candidatos a la oposicion para el juzgado. Lo repetimos, cada uno está acostumbrado a su papel y resignado a su suerte.

Si admitimos que los jueces de paz serán nombrados por el sufragio popular todo cambia completamente, el acto mismo de la elección se presenta preñado de peligros.

Ese grupo, que hemos llamado de oposicion, relegado al olvido con el sistema actual, entreverará inmediatamente la posibilidad de realizar sus ensueños de ambicion subiendo a la escena; por su pasado, por sus tendencias, se encuentra en contacto con las capas inferiores de la sociedad, tan profunda-

mente perversitas en nuestra campaña, y es fácil preveer lo que sucedera: los vagos, los fascinosos acudiendo a las elecciones con sus facones; los hombres de bien: pequeños propietarios, pagados de familia, que simpatizan con los hombres honrados, pero cuyo civismo no va hasta hacerlos esponer su vida para ir a dar su voto, se abstendrán de asistir a las elecciones. En los mas de nuestros partidos será suficiente saber que tres ó cuatro individuos conocidos irán a sostener una candidatura, para que ningun hombre pacífico vaya a las elecciones; como en tiempo de Rosas el público se retiraba de los remates de Buenos Aires si Cabrera ó Cuitiño venían a hacer alguna postura.

Tal será el cuadro que ofrecerán las primeras elecciones cuando se plantará el sistema, las siguientes ofrecerán a mas un cuadro particular. Posicionados los ambiciosos del cargo, ellos dirigirán las elecciones para el año siguiente y su resultado no será dudoso, cuando se reflexiona lo que han conseguido, sin escándalo y sin violencia, los jueces de paz decentes que hemos tenido hasta hoy, cuando han obedecido a influencias de gobiernos electorales como el de D. Adolfo Alsina y otros.

Ahora, el espíritu menos perspicaz comprende cual será el desempeño de los electos. Los jueces de paz actuales, nombrados por el gobierno, apoyados por él, no tienen a veces los medios de accion suficientes para prender y remitir los vagos ¿qué harán los jueces

FOLLETIN.

PABLO Y VIRGINIA

por
BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

mino; y como atravesásemos el bosque de la Montaña Larga, para tomar el camino que va de las Pamplenas al puerto, sentí pasos detras de mi, y volviendo la cabeza, vi que era un negro que venia hacia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado ¿a donde iba con aquella precipitación? nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, a dar parte al gobernador de que un navic frances habia anclado en la ensenada de la isla de Ambar, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse más prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entónces mudé de direccion, y dije a Pablo que nos encamináramos a la punta de los Polvos de Oro distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro a Vir-

ginia; y en efecto, echamos a andar los tres hacia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable; y la luna, que acababa de salir, tenía en rededor tres cerros negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos, se distinguían largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hacia el centro de la isla, y venían de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentía en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oíamos tronar de cuando en cuando; conocimos que eran cañonazos a lo lejos, y el aspecto de un cielo tempestuoso me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro, de alguna embarcacion que naufragaba. De allí a media hora ya no oímos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso, que el lígubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros aceleráramos el paso sin hablar ni atrevernos a comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y a las doce de la noche, poco mas ó menos, llegamos muy sudados a la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos de

Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépido, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que destumbraba la vista, y despidiente de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas distinguimos, a favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia, vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la cual se habia juntado mucha gente, y nosotros fuimos a descansar allí, mientras llagaba el día. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio-día habia visto en alta mar una embarcacion, arrastrada por las corrientes hacia la isla, y que la oscuridad de la noche se le habia ocultado por algun tiempo; q' dos horas despues de puesto el sol habia oido cañonazos en demanda de socorro; pero q' estaba el mar tan alborotado, q' ninguna lacha habia podido salir del puerto; que de allí a poco le pareció que habia visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me tino (decia él) que atraída por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ambar, equivocando esta con la punta de Miri, por de-

de pasau las embarcaciones que arriban a Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podia asegurar, el buque corria el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que habia atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ambar de la costa, y aún le habia sondeado; y que teniendo un anclaje excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto. «Yo depositaria en él, añadió, todo cuanto tengo, dormiría a bordo con tanto sosiego como en tierra.»

El tercero dijo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podían navegar las chalupas y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de alla de la isleta del Ambar; de suerte que si levantaba viento por la manana, podría hacerse a la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes, y mientras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del día. Pero el cielo estaba tan oscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos